

Bô Yin Râ

Por Qué
Llevo Mi Nombre

Revisión con respecto al original alemán
finalizada en Octubre de 2011

www.boyinra-espanol.com.ar

Título del original alemán: “Warum ich meinen Namen führe“

Traducción al español:

Carlos Morató & Eduardo Sanchez de la Fuente

Montevideo, año 1984,

sobre la no modificada versión del año 1927,
editada por Kober Verlag AG, Berna – Suiza.

Revisión con respecto al original alemán:

Jan A. Schymura

© Copyright by Kober Verlag AG, Bern.

Todos los derechos reservados.

CORTA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Bô Yin Râ, autor de más de 30 libros, de numerosos escritos y obras pictóricas, es el nombre espiritual de Joseph Anton Schneiderfranken, nacido en el año 1876 en Aschaffenburg, Alemania y fallecido en Massagno-Lugano, Suiza en el año 1943.

Estudió pintura en la ciudad de Frankfurt y en las academias de Munich, Paris y Viena, pero las experiencias en Grecia fueron determinantes para el artista, las que finalmente lo encaminaron hacia lo que él, nos trasmite en sus libros y pinturas.

Sus escritos consisten en darnos valor y ayuda en medio de lo cotidiano, a pesar de todas las dificultades, a fin de que podamos encontrar el propio camino que nos conduzca hacia el ser interno viviente. Algunos comentarios suyos a modo de testimonio nos dicen:

“Debo señalar que todos mis libros presentan una realidad no material desde dos perspectivas bien diferentes. Por un lado describo experiencias que he descubierto, que están al alcance de cualquiera, si bien la amplitud y profundidad de comprensión de las mismas dependerá de las facultades innatas de cada persona. Pero por otra parte, transmito también cosas que sé, en virtud de una percepción espiritual específica, diferente, no accesible a otros, de la cual, sin embargo, hablo solamente cuando dichas revelaciones son posibles y necesarias”.

En otro pasaje agrega: *“Brindo testimonio basado en la experiencia personal, que el ser humano está enraizado en la sustancia de un campo de energía espiritual. Esta energía no puede ser percibida por órganos físicos, materiales, sino sólo por los sentidos espirituales que el ser humano posee. Dentro de este campo de energía espiritual, el ser humano puede despertar, como un individuo consciente, aún en su vida presente en la tierra, sin embargo, inevitablemente deberá hacerlo una vez que su existencia física haya llegado a su fin”*.

Los Editores

POR QUÉ LLEVO MI NOMBRE

He surgido de una familia totalmente alejada de los medios literarios.

Mis antepasados por la sangre eran, paisanos, guardabosques y artesanos rurales. Jamás escuché decir de alguno de ellos que la lectura de los libros hubiera estado en relación con su profesión.

De mi padre, no obstante, puedo afirmar que él leía de buena gana aunque no pudiera hallar la oportunidad sino luego de una dura labor corporal.

Era, no obstante una literatura muy *circunscrita* la que sometía a su atención. No le preocupaba el nombre del *autor* (salvo para los escritos de su caro *Alban Stolz* (cuyos “Voces para despertar” (“*Weckstimmen*”) releía siempre con gozo, los que eran para el pueblo católico) pero su primera mirada en un libro estaba como obligación dirigida al “*imprimatur*” episcopal que le era garantía de que el católico podía soportar su tenencia sin peligro para su fe.

Así llegué yo mismo más allá de mis veinte años sin haber leído, fuera de mis libros escolares y de obras sobre anatomía, perspectiva, técnica pictórica y otros escritos del mismo género, ningún libro que no hubiera satisfecho a la censura de la Iglesia. Y hasta entonces me atenía escrupulosamente a la observancia de las prescripciones de la Iglesia, y me procuraba una *dispensa* ante el Ordinariato Archiepiscopal de Munich a fin

de conocer desde entonces, con entera tranquilidad de conciencia, otra cosa de la literatura alemana, que el contenido de las antologías escolares.

Debo hacer aquí lista de todo esto si quiero hacer inteligible lo que más tarde me aconteció cuando obligado para con mi maestro espiritual y interiormente llevado a hacerlo, me arriesgué finalmente a tentar hacer público lo que podía aportar a mis semejantes. - Esto no me fué fácil, por cierto! Debía combatir en mí resistencias considerables antes de encontrarme por último listo para asumir la responsabilidad que endoso, según yo, a quien difunde entre sus contemporáneos una frase de su composición por medio de la edición.

Sólo el *nombre de autor* bajo el cual podía dar testimonio de lo que vivía espiritualmente, *jamás* fué objeto de una vacilación de mi parte. Desde el mismo primer momento, tuve la certeza de que no podía permitirme hablar de mis experiencias *espirituales* bajo *el* nombre que nunca me pareció otra cosa que lo mas exterior de mi vida exterior: - como una “etiqueta” por cierto necesaria desde el punto de vista de la práctica administrativa, pero *impropia* para *caracterizar* a su portador. -

Mi disciplina espiritual me había aportado concepciones muy diferentes de la esencia de un verdadero “*nombre*”. Había aprendido por experiencia que se puede *progresar* de un “nombre” a otro, que ciertas letras pueden actuar a la manera de antenas espirituales en un “nombre” verdadero, y otras cosas más. Yo mismo había llevado como discípulo espiritual, “nombres” que me fué necesario, ante todo “superar” para ser digno de *mi*

nombre, y desde entonces no me conocí mas que en ese nombre, *mi* nombre, tanto y tan bien, que a veces, aunque no fuera más que durante una fracción de minuto, me era ante todo necesario *reflexionar*, preguntándome cómo, pues, podía yo llamarme *según el anuario de las direcciones*. Y luego de esa época me fué imposible escribir el prenombre y el nombre de familia “exteriores”: Joseph Schneiderfranken sin experimentar la ausencia total de conexión interior con mi persona ...

Luego, por otro lado, y simultáneamente, aun estaba bajo la influencia del hecho de que en todo el lapso de mi juventud, *sólo el contenido* de un libro había tenido importancia para mí hasta el punto que la mayoría del tiempo, apenas había reparado en el nombre de su autor. Por este hecho yo no me concedía de ningún modo una importancia particular en calidad de autor y en lo posible aun hoy me esfuerzo por evitar que más allá de mis escritos recaiga un interés *personal* sobre mi persona.

En todas mis primeras publicaciones, reunidas al presente en el “LIBRO DEL ARTE REAL”, pero que en la época fueron publicadas como pequeños ensayos, sólo mencioné las iniciales B. Y. R., hasta que en el “LIBRO DEL DIOS VIVIENTE” que apareció hace ahora nueve años en su forma primera, me decidiese, cediendo en esto a los consejos de mi editor, a firmar el nombre con *todas las letras* - pese a su consonancia oriental - en lugar de atenerme a sólo sus iniciales.

Sabía muy bien que muchas dificultades debían surgir de ello, y que precisamente, - entre los hombres destinados *en primer lugar* a ser lectores

de mis libros, hallaría la mayor desconfianza, en razón de ese nombre de consonancia asiática, susceptible de ser entendido como un “*pseudónimo*” de elección. También preveía una *curiosidad* demasiado exacerbada, para que me fuesen evitadas las interrogantes sobre la “significación” de mi sedicente “pseudónimo”.

Pero como mi consejero en materia de edición no compartía de ningún modo estos temores, y que, por otra parte, podía con razón, extraer argumento de que un capítulo del libro “del Dios Viviente” comporta *indicaciones extensas* sobre la naturaleza de los “Nombres” espirituales, me remití resueltamente, para terminar, a una suficiente confianza en la fuerza de juicio de mis lectores y vine a decirme que la *tenencia de los libros* bastaría para asentar su opinión en cuanto a la personalidad del autor: - que ellos no me creerían ciertamente capaz de hallar necesario presentarme bajo un pseudónimo de apariencia extranjera, en una apoteosis de “fuego de bengala” ...

Puedo, muy felizmente confirmar que esta confianza fue *justificada*, respecto a la *mayoría* de los lectores de mis libros.

Junto a éstos, no obstante, oí hablar, aquí y allá a gente que con una comprensible prevención se molestan por un nombre “exótico” creyéndose desde entonces con fundamento para renunciar a la *lectura* de mis escritos sin siquiera conocer una sola página de su contenido.

Otros aun, querrían tener una “traducción” clara y exacta del nombre.

En esto, no obstante, no puedo serle de ayuda sino diciendo a unos:

“Si te molestas por lo que escribo bajo *el* nombre bajo solamente el cual me *reconozco*, según la resonancia de los sonidos, y si este nombre presenta a tus oídos una consonancia demasiado exótica, entonces, en cuanto a mí, puedes llamarme con el nombre que desees, pero *lee* lo que he escrito *también para ti!*” - y los demás:

“Si es menester a todo precio “que pienses algo” a propósito de mi nombre, entonces ejercítate sobre la marcha en la paciencia hasta que puedas *captar* interiormente su *valor fonético* así como el músico capta los *valores sonoros* representados por las notas!”

En resumen, podría también comprenderse que yo me *hubiese* “nombrado” *Bô Yin Râ* por pura *adhesión* al Maestro espiritual que me dió ese nombre aunque estas tres sílabas me hubieran sido totalmente “extrañas” como lo parecían acaso a otros.

Dígase de una vez por todas que aquí no se trata de tres palabras que tienen un “sentido” cuyo misterio, en cierto modo podría escrutarse, aun si estas tres sílabas pertenecen a las raíces lingüísticas de un lenguaje antiguo, sino que ellas constituyen mi “nombre” el que me pertenece como entidad humana-espiritual, *por la única razón* de que su valor fonético corresponde a la *naturaleza de mi ser*, así como un grupo determinado de notas corresponde, él también a un *acorde* determinado.

Todo esto me parece, a mí, tan limpio como el cristal, tan simple, y tan evidente en si que pienso que un niño debería poder captar aquí aquello de que se trata ...

Sin ninguna duda, sé también que la facultad de experimentar, con instinto seguro, el valor fonético de un idioma humano como valor *espiritualmente* condicionado, se ha perdido totalmente, por así decir, y que no es equivocado si se busca aquí la razón por la cual mi Maestro espiritual compuso mi “nombre” con tres sílabas radicales de una lengua oriental, cuando él hubiera podido constituirlo con ayuda de sílabas o palabras de mi lengua materna, lo que, en todo caso, hubiera aligerado mi tarea.

Se querrá bien, no obstante reconocerme el discernimiento necesario para saber que sólo un necio ignorante de las reacciones del mundo podría ser bastante *torpe* para vestirse, en nuestros días con un pseudónimo de consonancia extranjera, pero también debería juzgar por el *contenido* de mis libros que no se me puede achacar la *deslealtad* que implicaría de mi parte la elección de un “pseudónimo” tal que pudiera despertar la apariencia según la cual yo sería un hombre originario de un país lejano.

Para concluir, no obstante, me falta decir que la manera en que yo mismo tenía el hábito, en mi juventud, de leer los libros, y que consistía en preocuparme tan poco del autor, y tanto más del *contenido*, no parece haber sido del todo tan malo.

Desde el fondo del corazón, no puedo aspirar para mis libros, otra cosa que hallar tales lectores!

Finalmente, el *contenido* de un libro, y su influencia sobre el alma del lector, es por cierto, también, el fundamento más seguro en cuanto al juicio a llevar sobre el autor. -

*